

El Habanero Pobre se Está Quedando Sin Casa en que Poder Vivir

Textos: **LUIS ROLANDO CABRERA**

Especial Para **EL MUNDO**

Fotos: **FERNANDO FERNANDEZ**

Los solares o ciudadelas son algo muy típico de nuestra capital. Durante muchos años ha sido allí donde han habitado cientos y miles de personas a las cuales, su capacidad económica les impedía pagar más elevados alquileres. El solar forma parte de lo más popular de la urbe, ha entrado en la novelística insular, en sus canciones y también —desdichadamente— en la crónica roja. Los hay de diversas clases. Unos, estrechos, con habitaciones a ambos lados de un patio que es apenas un tragaluz; otros con unos patios inmensos en que se vuelca la vida comunal, donde se tiende y se cocina, juegan los niños y donde también, en ciertas épocas del año, ensayan las comparsas que van después a poner ritmo de tambor y olor de ron y carne sudada en las calles habaneras.

Pero ahora, desde que La Habana se da pisto de gran urbe cosmopolita; desde que fabricamos edificios que no son más que enormes cajones de concreto, los solares van desapareciendo poco a poco. A eso se le llama progreso y sería demagógico el decir aquí que no lo es en realidad. Pero lo cierto es que si la ciudad gana en ornato y el propietario ve aumentada la renta en buenos pesos, hay alguien que no gana nada y que antes bien sale perdedor. Se trata del inquilino del solar, del que pagaba seis u ocho pesos por una habitación y a quien resulta matemáticamente imposible pagar los alquileres que se demandan por los modernos apartamentos que se edifican, un día tras otro, en San Cristóbal de La Habana.

Por eso no es aventurado afirmar, como se hace aquí, que el habanero pobre se está quedando sin casa en que vivir. Para demostrarlo salimos a la calle, Fernando Fernández, el viejo reportero gráfico de EL MUNDO y este cura a quien esas cosas de honda raíz popular le son tan gratas de estudiar aunque después escriba malamente sobre ellas.

Piedras, Cascote y Escombros

No había que registrar mucho. El diario deambular por La Habana nos había demostrado cuántos solares van desapareciendo. Ahí está el lugar que ocupaba uno amplísimo, en la calzada de San Lázaro, junto al enorme edificio de la esquina de Soledad que algunos denominan gráficamente "El Barco". Hace meses desapareció y por las trazas no hay intención de construir. Por la parte posterior, en

Animas 974 están efectuando el derribo de otro solar. La gráfica de la primera plana demuestra el estado en que aquello se encuentra. Y todavía, momentos antes de nuestra visita, aún había entre aquellas piedras, puertas derribadas y pedazos de cantería una anciana de ochenta años, Concepción Diéguez González, que no tenía donde ir.

Y el espectáculo se repite en San Miguel entre Oquendo y Soledad, en Gervasio casi esquina a Zanja, en Infanta y San Lázaro, en muchos lugares de la urbe donde la piqueta demoledora ya hizo de las suyas y lanzó por ahí a las familias que antes vivían —mal vivían es más exacto— en aquellas ciudadelas.

Condenados al Mismo Destino

Pero hay otros solares que aún se mantienen en pie pero que están condenados al mismo destino. Ya puede decirse que "huelen a muerto" o en este caso a derrumbe. Porque se ha advertido a los inquilinos que deben abandonarlos para levantar, en el lugar que ocupan, nuevos edificios donde ellos no podrán vivir. Ahí tenemos por ejemplo una enorme ciudadela de madera construida casi al final de la calle Virtudes. Al frente dan ocho accesorias, el interior es un solar enorme con un patio que casi tiene dimensiones de parque mientras a los cuatro lados se alinean bajo los techos de rojas tejas, las habitaciones.

Cuando el reportero entra, hay en un rincón de ese patio enorme, unos hombres que, en el suelo, juegan a las damas. Como son las cuatro de la tarde de un día laborable hay que presumir que pertenecen al enorme ejército de los desocupados. Indagamos, cortésmente, si es cierto que la casa estaba mandada a desalojar como alguien nos ha informado. Uno de los jugadores que acaba de mover un peón, alza la vista, nos mira desde la cabeza a los pies y guarda silencio. Otro, uno de los espectadores, repite la inquisitorial revisión de nuestra persona y observa idéntica actitud reservada.

Y hubiéramos hecho un papel bien desairado si una joven que salía de una de las habitaciones no hubiera afirmado enfáticamente:

—Si señor, estamos mandados a mudar todos.

Pero no pudimos sacarle una palabra más. Y de fotografías "ni hablar". Fernando tomó una del patio y nos retiramos pensando que aún hay mucho que hacer para evitar esa reacción casi hostil de la gente de pueblo que ve en cada extraño un enemigo, un agente policíaco disfrazado o alguien que, en una forma u otra, va a proporcionarle un mal.



a

21

Todavía Peor

Ahora estamos en Angeles. Es ese el tramo que Pepe San Martín soñó un día con echar abajo para emprender la proiongación de Galiano. Aquellas manzanas se salvaron del pico y la grúa pero hay por allí muchas viejas edificaciones a las cuales les ha sido marcado ya su destino. Una de ellas está en los números del 205 al 211 de esa calle Angeles. De los dos viejos solares uno está ya deshabitado. El otro tiene aún sus inquilinos.

Aquí también hablamos y explicamos el objeto de nuestra visita. Casi improvisamos en el patio un pequeño mitin y abrigamos algunas esperanzas al notar señales de aquiescencia y aprobación en nuestros oyentes. Pero cuando terminamos una señora respondió por todos:

—Tiene usted razón. Y yo me dejaría retratar pero como sé que nadie me va a seguir...

Pasamos, inquisitivamente la mirada por el grupo. Hubiéramos dado una semana de sueldo por una voz que se levantara para desmentir aquella afirmación de falta de solidaridad que anotaba la que habló. Pero nadie respondió. Y el grupo se disolvió, marchando cada cual a sus quehaceres como si aquello no fuera interés de todos, más de ellos que nuestro.

Después alguien habló. Era un mocetón mestizo que con palabra fuerte condenó la actitud de los demás. Pero él tampoco se retrató. Al menos aisladamente, pues después salió, con otros, a la calle, a pararse ante la cámara cuando Fernando tiró sus planchas para recoger la fachada del solar que pronto derribarán.

Las Nuevas Edificaciones

Vimos también edificios de apartamentos en los lugares en que sabíamos que hubo en un tiem-

po algún solar. Ahí está, airoso en sus líneas modernas, el de Gervasio 160 y en la foto aparece el que levantaron en Soledad 510. Este tiene ventanas venecianas, un cantero con plantas a la entrada y en la azotea múltiples antenas de televisión. Y como éstos son cientos los que han ocupado en todos los barrios de La Habana el lugar de antiguos solares. Los precios de esos apartamentos son de cuarenta, cincuenta, sesenta y más pesos. Los que tienen vista a la calle valen siempre mucho más. Y por eso hay quien dice por ahí que hay muchas casas de apartamentos que no son más que solares de lujo. Solares, claro está, por la incomodidad en que se vive; en habitaciones estrechas donde no caben los muebles; en "casas" que tienen ese nombre pero donde apenas si entra la luz del sol.

Y nadie se atreverá a afirmar que la gente del pueblo, la que habita en los solares puede, después, ir a alquilar uno de esos apartamentos. ¿Con qué lo va a pagar? Y ¿dónde se están fabricando edificios en que por diez o doce pesos se pueda obtener una habitación? La repuesta, que todos conocemos, es hondamente desalentadora.

Lo Que Hay que Hacer

Cumple pues al Estado esa misión. En otros países de la América nuestra se está resolviendo ya esa vital cuestión. En Cuba estamos radicalmente atrasados a ese respecto. El ensayo del Barrio Obrero ha traído más dificultades que beneficios. Y son las compañías privadas las que han incrementado, en los últimos tiempos, la construcción de casas pequeñas para familias de poca capacidad económica. Pero con eso no se resuelve la situación. A la flamante Comisión Nacional de Viviendas trasladamos esta dolorosa realidad: el habanero pobre se está quedando sin casa en que vivir.

M, feb 28/54



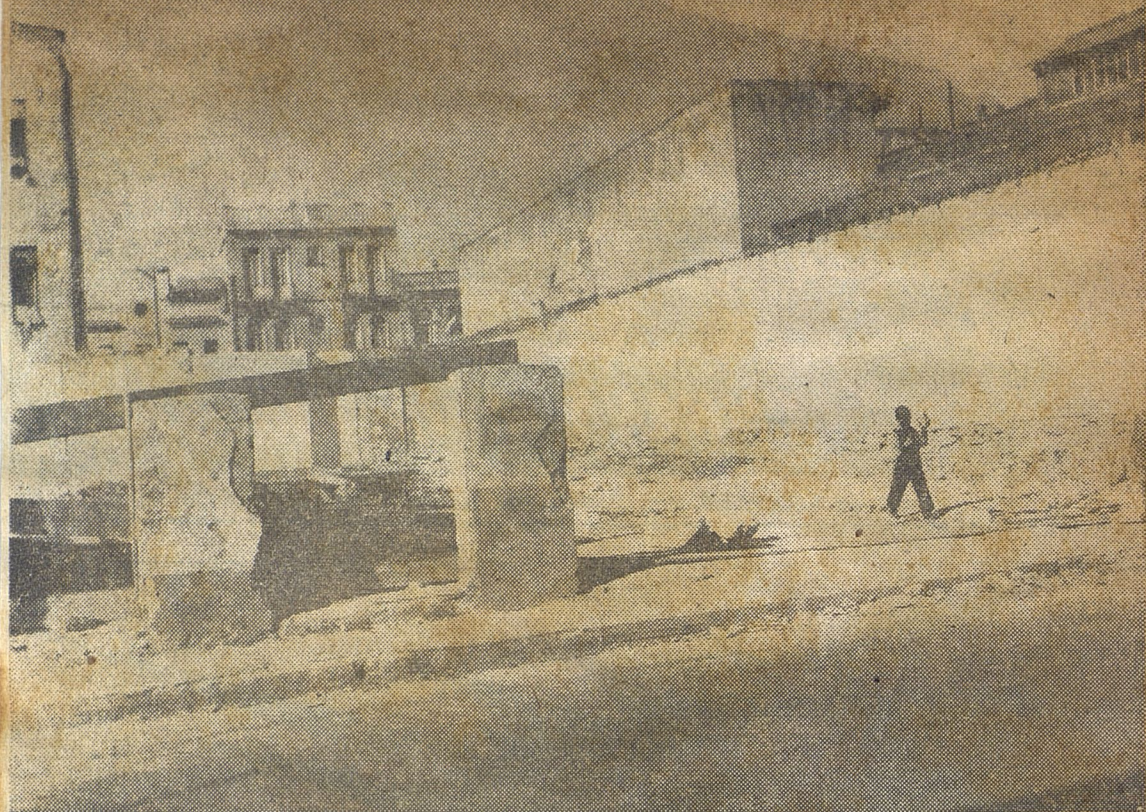


Calle Angeles bien cerca de esa arteria comercial tan importante que es la Calzada de Monte. Aquí existen solares viejimos como los dos cuya fachada recogió la gráfex de Fernando Fernández. Los inquilinos tienen ya el mandamiento que les ordena desalojarlos. Y están desesperados buscando donde meterse. Sus posibilidades económicas son escasas y ya no se encuentran habitaciones baratas.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



En San Miguel entre Oquendo y Soledad derribaron un edificio que daba a dos calles. Sólo queda en la esquina un establecimiento de asiáticos. Ahora, en el enorme espacio abierto se amontonan los cascotes, las tejas viejas, los pedazos de madera. Y algún día surgirá un edificio moderno. La Habana ganará en belleza pero los desalojados del viejo caserón habrán visto aumentados sus problemas.



Amplio patio de típico solar habanero. En las tendederas cuelgan, como banderas multicolores, ropas de distintos tipos: las modestas de los moradores; las mejores de los clientes de muchas lavanderas que viven en el solar. Ahora les han mandado a mudarse para fabricar. El patio amplísimo —recuerdo de épocas pretéritas— desaparecerá. Y los nuevos inquilinos vivirán en un cajón con habitaciones minúsculas en las que apenas si entrará el sol.



Hace muchos, muchísimos años que derribaron las accesorias y edificaciones que constituían aquí alojamiento para muchas familias pobres de la capital. Hasta nosotros han llegado rumores de que cuestiones legales han impedido levantar en esta céntrica esquina de San Lázaro e Infanta, el edificio gigantesco que tenían en mente los propietarios. Pero sea cual sea la razón, lo cierto es que cientos de personas pobres fueron desalojadas de allí. Ahora, en el inmenso terreno, rodeado de vallas anunciadoras, planta sus carpas un circo durante unas semanas al año. Hay risas de payasos, cabriolas de monos y actos de destreza. Y nadie recuerda a los que un día se lanzó de allí. Posiblemente ya les habrán desalojado de otros solares. Y siempre se dirá que se hace en aras del progreso.

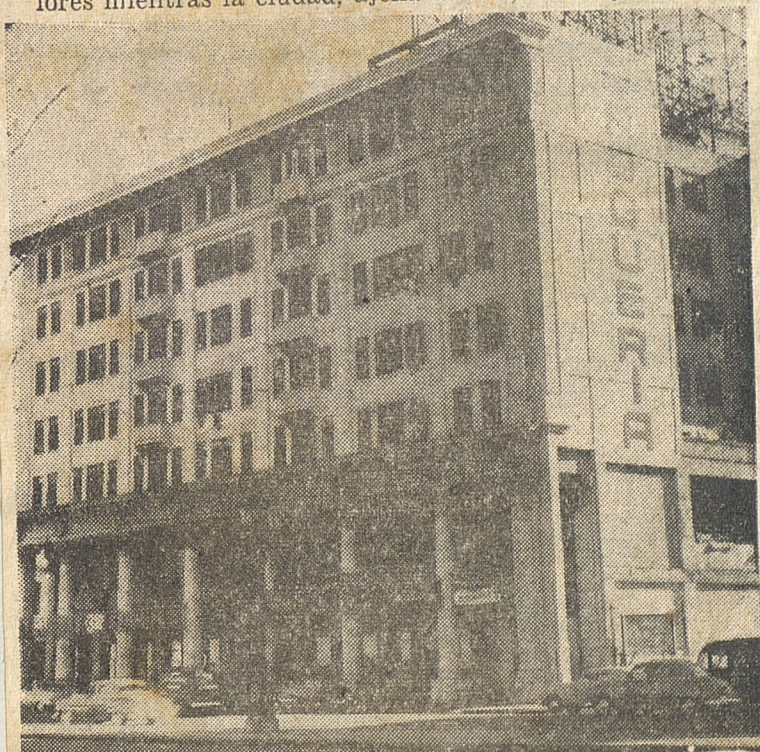


Aquí había una enorme casa de vecindad. La piqueta demolidora hizo su trabajo y surgió después este hermoso edificio de apartamentos. Claro está que ninguno de los antiguos inquilinos del solar pudo darse el lujo de alquilar uno de los nuevos locales. Ellos, o fueron a parar a otros solares o a engrosar cualquiera de los diecinueve barrios de indigentes de la capital.





Hay solares que tienen más de un siglo de existencia. Antes se les llamaba ciudadelas y ésta del callejón de Chávez es una de las más antiguas. La verja de hierro tiene una fecha: 1845; el propio año en que venía al mundo, en un rincón de Oriente, el general Antonio. ¡Más de cien años de ver entre sus paredes las mismas miserias e idénticos dolores mientras la ciudad, ajena a ellos, crecía y crecía!



Dando frente al malecón habanero se alza este sólido edificio. Es la antítesis de lo que está sucediendo hoy en día con los solares. Este, conocido como el "Carreño" y otros nombres impublicables, fué construido para edificio de apartamentos y devino en casa de inquilinato. Allí habitan centenares de personas que, a falta de otra comodidad, tienen el regalo del aire marino.

